

rio la enviase Wellington, y la cuestión había de decidirse pronto; que la enviasen los dos al mismo tiempo, y entonces... sólo Dios sabía el resultado.

El Brigadier Pack me llamó, diciéndome:

«Corred al Cuartel General y decid al Lord lo que pasa.»

Monté á caballo, y á todo escape me dirigí al Cuartel General. Cuando bajaba la pendiente en dirección á las líneas del ejército aliado, distinguí las masas del ejército francés moviéndose sin cesar; pero entre el centro de uno y otro ejército no se disparaba aún ni un solo tiro. Todo el interés estaba todavía en aquella apartada escena del Arapil Grande; en aquello que parecía un suceso episódico, un capricho del genio militar que á la sazón meditaba la batalla decisiva. Los jefes, todos en pie sobre las elevaciones del terreno, sobre los carros de municiones y aun sobre las cureñas, observaban, ayudados de sus anteojos, la peripecia del Arapil Grande, junto á la ermita.

«¿Por qué toda esa gente no corre á ayudar al Brigadier Pack?», me preguntaba yo lleno de confusiones.

Era que ni Wellington ni Marmont querían aparentar gran deseo de ocupar el Arapil Grande, por lo mismo que uno y otro consideraban aquella posición como la clave de la batalla. Marmont fingía movimientos diversos para desconcertar á su enemigo; luego afectaba retirarse como si no quisiera librar batalla, y en tanto Wellington, quieto, inmutable, sereno, atento, vigilante, permanecía en su puesto observando al francés, y sostenía con poderosa mano las mil riendas de aquel ejército ansioso de lanzarse antes de tiempo.

Marmont quería engañar á Wellington; pero Wellington no sólo quería engañar, sino que estaba engañando á Marmont. Fingiéndolo no hacer caso del Arapil

Grande, colocaba bastantes tropas en la derecha del Tormes para hacer creer que allí quería poner todo el interés de la batalla. En tanto, tenía dispuestas fuerzas enormes para un caso de apuro en el gran cerro. Pero ese caso de apuro, según él, no había llegado aún, ni llegaría mientras hubiera carne viva en Santa María de la Peña. Eran las diez de la mañana... Cuando llegué al Cuartel General, vi á Wellington á caballo, rodeado de multitud de generales. Antes de acercarme á él, ya había dicho yo expresivamente con el gesto, con la mirada:

«No se puede

— ¿Qué no se puede? — preguntó con calma imperturbable, después que verbalmente le manifesté lo que allá pasaba.

— Dominar el Arapil Grande.

— Yo no he mandado á Pack que dominara el Arapil Grande, porque es imposible — replicó. — Los franceses están muy cerca, y desde ayer tienen hechos mil preparativos para disputarnos esa posición, aunque lo disimulan.

— ¿Entonces...?

— Yo he mandado á Pack que impidiese al enemigo establecerse allí definitivamente. ¿Se establecerán? ¿No existen ya el 23 de línea, ni el 3.º de cazadores, ni el 7.º de *highlanders*?

— Existen... un poco todavía, mi General.

— Con las fuerzas que han ido después basta para el objeto, que es resistir, nada más que resistir... No creo que falte gente para entretener al enemigo unas cuantas horas.

— En efecto, mi General. Por muy aprisa que se muera, ochocientos cuerpos dan mucho de sí.»

Cuando esto decía, atendiendo más á las lejanas líneas enemigas que á mí, observé en él un movimien-

to súbito; volvióse al General Álava, que estaba á su lado, y dijo:

«Esto cambia de repente. Los franceses extienden demasiado su línea. Su derecha quiere envolvernos...»

Hacia el Tormes se extendía formidable masa de franceses, dejando un claro bastante notable entre ella y Cavarrasa. Era necesario ser ciego para no comprender que por aquel claro, por aquel resquicio, iba á introducir hasta la empuñadura su terrible acero el genio del ejército aliado.

IV

El Cuartel General retrocedió; diéronse órdenes, corrieron los oficiales de un lado para otro, resonó un murmullo elocuente en todo el ejército. Sin esperar más, corrí al Arapil para anunciar que todo cambiaba.

Las órdenes transmitidas con rapidez increíble llevaban en sí el pensamiento del General en Jefe. Todos lo adivinamos con la penetración de las multitudes guerreras. El plan era precipitar el centro contra el claro de la línea enemiga, y al mismo tiempo arrojar sobre el Arapil Grande toda la fuerza de la derecha, que hasta entonces había permanecido en el llano en actitud expectante.

Hallábame cerca del lugar de partida cuando un estrépito horrible rasgó mis oídos. Era la Artillería de la izquierda enemiga que tronaba contra el gran cerro. Nuestra derecha, compuesta de valientes batallones, subía en el mismo instante á sacar de su aprieto á los incomparables *highlanders*, 23 de línea y 3.º de ligeros, cuyas proezas he descrito.

Pasé por entre la quinta división, al mando del General Leith, que desde el pueblo de Arapiles marchaba al cerro; pasó por entre la división tercera, donde esta-

ban la Caballería del General Urban y los dragones del Décimocuarto regimiento, que iban en cuatro columnas á envolver la izquierda del enemigo en la famosa altura; y vi desde lejos la brigada del General Bradford, la de Cole y la Caballería de Stapleton Cotton, que marchaban en otra dirección contra el centro enemigo. Distinguí asimismo á lo lejos á mis compañeros de la división española formando parte de la reserva mandada por Hope.

Los franceses, desde el momento en que juzgaron oportuno no disimular su pensamiento, aparecieron por distintos puntos y ocuparon la parte más alta y sitios eminentes, amenazando en todos ellos las escasas fuerzas que operaban allí desde la mañana. La primera división que rompió el fuego contra el enemigo fué la de Packenham, que intentó subir y subió por la vertiente que cae al pueblo. Sostúvole la Caballería portuguesa de Urban.

Cuando llegué á las inmediaciones de la ermita, el Brigadier Pack no había perdido una línea de sus anteriores posiciones; pero sus bravos regimientos estaban reducidos á menos de la mitad. El General Leith acababa de llegar con la quinta división, y el aspecto de las cosas cambió completamente.

Pero no había tiempo que perder. Era preciso arrojar hombres y más hombres sobre aquel montón de tierra, era preciso echar á los franceses de Santa María de la Peña, y después seguir subiendo, subiendo, hasta plantar los pabellones ingleses en lo más alto del Gran Arapil.

«El refuerzo ha venido casi antes que la contestación — dije al Brigadier Pack. — ¿Qué debo hacer?»

— Tomar el mando del 23 de línea, que ha quedado sin jefes. ¡Y arriba, siempre arriba!»

Los franceses parecían no dar ya gran importancia

á Santa María de la Peña, y coronaron la altura. Las columnas, escalonadas con gran arte, nos esperaban á pie firme. Allí no habia posibilidad de destrozarlas con la Caballería, ni de hacerles gran daño con los cañones, situados á mucha distancia. Era forzoso subir á pecho descubierto y echarlas de allí, como Dios nos diera á entender.

Tocó al 23 de línea la gloria de avanzar el primero contra las inmóviles columnas francesas que ocupaban la altura. ¡Espantoso momento! La escalera, señores, era terrible, y en cada uno de sus fúnebres peldaños el soldado se admiraba de encontrarse con vida. Si en vez de subir, bajase, aquélla sería la escalera del Infierno. Y sin embargo, las tropas de Pack y de Leith subían. ¿Cómo? No lo sé.

Al referir lo que allí pasó, no me es posible precisar los movimientos de cada batallón, ni las órdenes de cada jefe, ni lo que cada cual hacía dentro de su esfera. La imaginación conserva con caracteres indelebles y pavorosos lo principal, lo accesorio no; y lo principal era entonces que subíamos empujados por una fuerza irresistible, por no sé qué manos poderosas que se adherían á nuestra espalda.

Los primeros escalones no ofrecieron gran dificultad. Moría mucha gente, pero se subía. Inútil es decir que todos los jefes habían dejado sus caballos, y unos detrás, otros á la cabeza de las líneas, llevaban, por decirlo así, de la mano á los obedientes soldados. Un orden preciso en medio de las muertes, un paso seguro, un aplomo sin igual regimentando la cruenta lucha, impedían que los estragos fuesen excesivos.

Era indispensable aprovechar los intervalos en que el enemigo cargaba los fusiles, para cargar nosotros á la bayoneta. Teníamos en contra nuestra el cansancio, pues si en algunos sitios la inclinación del terreno era

poco más que rampa, en otros era regular cuesta. Los franceses, reposados, satisfechos y seguros de su posición, nos abrasaban á fuego certero y nos recibían á bayoneta limpia. Á veces, una columna nuestra lograba, con su constancia abrumadora, abrirse paso por encima de los cadáveres de los enemigos; mas para esto se necesitaba duplicar y triplicar los empujes, duplicar y triplicar los muertos, y el resultado no correspondía á la inmensidad del esfuerzo.

Mas al fin llegó un momento terrible; el momento en que las columnas subían y morían; en que la mucha gente que se lanzaba por aquel talud, destrozada, diezmada, sintiéndose mermar á cada paso, entendió que su descomunal esfuerzo no traía gran ventaja. Tras las columnas francesas arrolladas, aparecían otras. Nos acercábamos á la cumbre, y aquel cráter superior vomitaba soldados. Se ignoraba de dónde podía salir tanta tropa, y era que la meseta del cerro tenía cabida para un ejército. Llegó, pues, un instante en que vimos venir sobre nosotros la cima del cerro mismo, un monstruosidad horrenda que esgrimía mil bayonetas y apuntaba con miles de cañones de fusil. El pánico se apoderó de todos, no aquel pánico nervioso que obliga á correr, sino una angustia soberana y grave que quita toda esperanza y da resignación. Era imposible, de todo punto imposible seguir subiendo.

Pero bajar era el punto difícil. Nada más fácil si se dejaban acuchillar por los franceses, resignándose á rodar sobre la tierra vivos ó moribundos. Una retirada en declive paso á paso y dando al enemigo cada palmo de terreno con tanta parsimonia como se le quitó, es el colmo de la dificultad. Pack bramaba de ira, y la sangre agolpada en la carnaza encendida de su rostro parecía brotar por cada poro. Esgrimía la espada acuchillando al cielo.

Había llegado la ocasión de que muriese estoicamente uno para resguardar con su cuerpo al que daba un paso atrás. De este modo se salvaba la mitad de la carne. Las columnas se escalonaban con arte admirable; el fuego era más vivo, y cada vez que descendía de lo alto desgajándose uno de aquellos pesados aludes, creeríase que todo había concluido. Así fuimos cediendo lentamente parte del terreno, hasta que los imperiales dejaron de atacarnos. Habían llegado á un punto en que el cañón inglés les molestaba enormemente, y además los progresos de Packenham por el flanco del Grande Arapil les desconcertó. Reconcentraronse y aguardaron.

En tanto, por otro lado ocurrían hechos memorables y gloriosos. El General Cole destrozaba el centro francés. La Caballería de Stapleton Cotton, penetrando por entre las descompuestas filas, daba una de las cargas más brillantes, más sublimes y al mismo tiempo más horrorosas que pueden verse. Desde la posición á que nos retiramos, no avergonzados, pero sí descontentos, veíamos á lo lejos la épica tragedia.

Las falanges de caballos, los más ligeros, los más vivos, los más guerreros que pueden verse, penetraban como inmensas culebras por entre la Infantería francesa. Los golpes de los sables ofrecían á la vista un salpicar continuo de pequeños rayos, menuda lluvia de acero que destrozaba pechos, rompía cráneos, atropellaba y deshacía como el huracán. Los gritos de los jinetes, el brillo de sus cascos, el relinchar de los corceles que regocijaban en aquella fiesta sangrienta sus brutales imperfectas almas, ofrecían espectáculo aterrador.

Los escuadrones de Stapleton Cotton, como he dicho, realizaban el gran prodigio de aquella batalla. En vano los franceses alcanzaban algunas ventajas por

otro lado; en vano habían logrado apoderarse de algunas casas del pueblo de Arapiles. Precisamente, cuando el enemigo creía ganar terreno poseyendo parte del pueblo, la Caballería de Cotton penetraba como puñal agudo en el corazón del ejército imperial. Vióse el gran cuerpo partido en dos, crujendo y estallando al violento roce de la poderosa cuña. Todo cedía ante ella: fuerza, previsión, pericia, valor, arrojo. Las miles de corazas daban idea del *testudo* romano; pero aquella inmensa tortuga con conchas de acero tenía la ligereza del reptil, millares de patas y millares de bocas para gritar y morder. Sus dentelladas ensanchaban el agujero en que se había metido; todo caía ante ella. Gimiéron con espanto los batallones enemigos. Corrió Marmont á poner orden, y una bala de cañón le quitó el brazo derecho. Corrió luego Bonnet á substituirle, y cayó también; Ferry, Thomieres y Desgraviers, generales ilustres, perecieron con millares de soldados.

V

La tremenda carga de Caballería había variado la situación de las cosas. Leith se apareció de nuevo entre nosotros acompañado del Brigadier Spry. En sus semblantes, en sus gestos, lo mismo que en las vociferaciones de Pack, comprendí que se preparaba un nuevo ataque al cerro. La situación del enemigo era ya mucho menos favorable que anteriormente, porque las ventajas obtenidas en nuestro centro con el avance de la Caballería y los progresos del General Cole modificaban completamente el aspecto de la batalla. Packenham, después de rechazar del pueblo á los franceses, les apretaba por la falda oriental del cerro, de modo que estaban expuestos á sufrir las consecuencias de un movimiento envolvente.

Reconcentrándose en sus posiciones de la ermita para arriba, Francia esperaba con imponente actitud. Sonó el tiro por diversos puntos; las columnas marcharon en silencio. Ya conocíamos el terreno, el enemigo y los tropiezos de aquella ascensión. Como antes, los franceses desgajáronse con ímpetu amenazador sobre Pakenham y sobre Leith, atacando con tanto coraje, que era preciso ser inglés para resistirlo. Los dos ejércitos se clavaban mutuamente las uñas, desgarrándose. Arroyos de sangre surcaban el suelo.

Observábamos los claros del suelo ensangrentado, cubierto de cadáveres, y lejos de desmayar ante aquel espectáculo terrible, reproducíamos con doble furia los mismos choques. Lanzábame yo á los mismos delirios que veía en los demás, olvidado de todo, sintiendo (y esto es evidente) como una segunda, ó mejor dicho, una nueva alma que no existía más que para regocijarse en aquellas ferocidades sin nombre; una nueva alma, sí, en cuyas potencias irritadas se borraba toda memoria de lo pasado, toda idea extraña al frenesí de que estaba poseída. Bramaba como los *highlanders*, y, ¡cosa extraordinaria! en aquella ocasión yo hablaba inglés. Ni antes ni después supe una palabra de ese lenguaje; pero es lo cierto que cuanto aullé en la batalla me lo entendían los ingleses, y á mi vez les entendía yo.

El poderoso esfuerzo de los escoceses desconcertó las líneas imperiales, precisamente en el instante en que llegó á nuestro campo la división Clinton, que hasta entonces había estado en la reserva. Desde aquel momento vimos que las horribles filas de franceses se mantuvieron inactivas, aunque firmes. Poco después las vimos replegarse, sin dejar de hacer un fuego muy vivo. Á pesar de esto, los ingleses no se lanzaban sobre ellas. Corrió algún tiempo más, y observamos que las

tropas que ocupaban lo alto del cerro lo abandonaban despacio, resguardados por el frente, que seguía haciendo fuego.

No sé si dieron órdenes para ello: lo que sé es que súbitamente los regimientos británicos, que en distintos puntos ocupaban la pendiente, avanzaron hacia arriba con calma, sin precipitación. Caía la tarde, el centro del ejército enemigo estaba derrotado, su izquierda hacia el Tormes también. Érales, pues, imposible defender la disputada altura. Francia empezaba á retirarse.

El espectáculo de las considerables fuerzas que se retiraban casi ilesas y tranquilamente nos impulsó á cargar con más brío sobre ellas, y al cabo, tanto se golpeó y machacó en la infortunada línea francesa, que la vimos agrietarse, romperse, desmenuzarse, y en sus inúmeros claros penetraron el puño y la garra del vencedor para no dejar nada con vida.

Venía la noche; lentamente se iba obscureciendo el paisaje. Los desparramados grupos del ejército napoleónico, rayas fugaces que serpenteaban en el suelo á lo lejos, se desvanecían absorbidos por la tierra y los bosques, entre la triste música de los roncós tambores. Éstos y la algazara cercana y el ruido del cañón, que aun cantaba las últimas lúgubres estrofas del poema, producían un estrépito loco que desvanecía el cerebro. El soldado veía llegada la ocasión de las proezas individuales, para lo cual no se necesita de los jefes. Todo estaba ya reducido á ver quién mataba más enemigos en fuga, quién cogía más prisioneros, quién podía echar la zarpa á un general, quién lograba poner la mano en una de aquellas veneradas águilas que se habían pavoneado orgullosas por toda Europa, desde Lisboa hasta Berlín.

El rugido que atronó los espacios cuando el vence-

dor, lleno de ira y sediento de venganza, se precipitó sobre el vencido para ahogarlo, no es susceptible de descripción. Ciegos y locos, nos arrojábamos dentro de aquel volcán de rabia. Nos confundíamos con ellos: unos eran desarmados, otros tendían á sus pies al atrevido que intentaba cogerles prisionero, cuál moría matando, cuál se dejaba atrapar estoicamente.

Para coger prisioneros se destrozaba todo lo que se podía en la vida del enemigo. Con unos cuantos portugueses é ingleses me interné, más de lo conveniente tal vez, en el seno de la desconcertada y fugitiva Infantería enemiga. Por todos lados presenciaba luchas insanas, y oía los vocablos más insultantes de aquellas dos lenguas que peleaban con sus injurias como los hombres con las armas. El torbellino, la espiral me llevaba consigo, ignorante yo de lo que hacía. El alma no conservaba más conocimiento de sí misma que un anhelo vivísimo de matar algo. En aquella confusión de gritos, de brazos alzados, de semblantes infernales, de ojos desfigurados por la pasión, vi un águila dorada puesta en la punta de un palo, donde se enrollaba inmundo trapo, una arpillera sin color, cual si con ella se hubieran fregado todos los platos de la mesa de todos los reyes europeos. Devoré con los ojos aquel harapo que en una de las oscilaciones de la turba fué desplegado por el viento, y mostró una N que había sido de oro y se dibujaba sobre tres fajas, cuyo matiz era un pastel de tierra, de sangre, de lodo y de polvo. Todo el ejército de Bonaparte se había limpiado el sudor de mil combates con aquel pañuelo agujereado que ya no tenía forma ni color.

Yo vi aquel glorioso signo de guerra á una distancia como de cinco varas. Yo no sé lo que pasó; yo no sé si la bandera vino hasta mí, ó si yo corrí hacia ella. Si creyese en milagros, creería que mi brazo derecho se

alargó cinco varas, porque, sin saber cómo, yo agarré el palo de la bandera y lo así tan fuertemente, que mi mano se pegó á él, y lo sacudió y quiso arrancarlo de donde estaba. Tales momentos no caben dentro de la apreciación de los sentidos... Me vi rodeado de gente: caían, rodaban, unos muriendo, otros defendiéndose. Hice esfuerzos para arrancar el asta, y una voz gritó en francés: «Tómala.»

En el mismo segundo una pistola se disparó sobre mí. Una bayoneta penetró en mi carne. Ante mí apa-



reció una figura lívida, un rostro cubierto de sangre, unos ojos que despedían fuego, unas garras que hacían presa en el asta de la bandera, y una contraída boca que quería comerse águila, trapo y asta, comerme también á mí. Decir cuánto odio me inspiró aquel monstruo, es imposible; nos miramos un rato y luego forcejeamos. Él cayó de rodillas: una de sus piernas

no era pierna, sino un colgajo de carne. Pugué por arrancar de sus manos la insignia. Alguien vino en auxilio mío, y alguien le ayudó á él. Me hirieron de nuevo, me encendí en ira más salvaje aún, y estreché á la bestia apretándola contra el suelo con mis rodillas. Con ambas manos agarraba ambas cosas, el palo de la bandera y la espada. Pero esto no podía durar, y mi mano derecha se quedó sólo con la espada. Creí perder la bandera; pero el acero, empujado por mí, se hundía más cada vez en una blandura resistente, y un hilo de sangre vino derecho á mi rostro como una aguja. La bandera quedó en mi poder; pero de aquel cuerpo que se revolvía bajo el mío surgieron al modo de antenas, zarpas, ó no sé qué tentáculo rabioso y pegajoso, y una boca se precipitó sobre mí clavando sus agudos dientes en mi brazo con tanta fuerza, que lancé un grito de dolor.

Caí abrazado y constreñido por aquel dragón, pues dragón me parecía. Me sentí apretado por él, y rodamos por no sé qué declives de tierra, entre mil cuerpos, los unos muertos é inertes, los otros vivos y que corrían. Yo no vi más: sólo sentí que en aquel rodar veloz llevaba el águila fuertemente cogida en mis brazos. La boca terrible del monstruo apretaba cada vez más mi brazo, y me llevaba consigo, los dos envueltos, confundidos, el uno sobre el otro y contra el otro, bajo mil patas que nos pisaban, entre la tierra que nos cegaba los ojos, entre una obscuridad tenebrosa, entre un zumbido tan grande, cual si todo el mundo fuese un solo abejón; con todos los síntomas confusos de haberme convertido en constelación, en una como criatura circunvoladora, en la cual todos los miembros, todas las entrañas, toda la carne y sangre y nervios daban vueltas infinitas y vertiginosas alrededor del ardiente cerebro.

Yo no sé cuánto tiempo estuve rodando... Yo no sé cuándo paré; lo que sé es que el monstruo no dejaba de formar conmigo una sola persona, ni su feroz boca de mordirme... También puedo decir que el águila seguía sobre mi pecho: yo la sentía. Sentía el asta cual si la tuviera clavada en mis entrañas. Mi pensamiento se hacía cargo de todo con vago delirio, porque él mismo era una luz ardiente que caía no sé de dónde, y en la inapreciable velocidad de su carrera describía una raya de fuego, una línea sin fin, que... tampoco sé adónde iba. ¡Tormento mayor no lo experimenté jamás!... Mi tormento tuvo fin cuando perdí toda noción de existencia. La batalla de los Arapiles concluyó, al menos para mí.





VI

DEJADME morir, dejadme dormir, dejadme soñar... Esto decía yo á las buenas almas que tomaron á su cargo la magna función caritativa de arrancarme de las negras manos de la

muerte para tornarme á la vida. Mi cuerpo acribillado y mi cráneo lleno de fieros golpes se oponían enérgicamente á mi resurrección. Por ésta luchaban heroicas mujeres, empleando los recursos físicos y espirituales más poderosos. Mi delirio febril primero, mis despejados sentidos después, permitiéronme apreciar la presencia junto á mi lecho de seres para mí muy queridos, alguno de ellos dotado de las dos naturalezas, humana y angélica... Al deciros esto, traigo nuevamente á mi particular historia el *Cuento de Hadas* que os entretuvo brevemente al oír mis relatos del 2 de mayo y de Bailén. El Cuento no resultó al fin tan fantástico como pudisteis creer. Sus vagas tintas azuladas y opalinas hubieron de trocarse en reales colores de cosa viviente.

Pero como ello no es Historia pública, os permito que me tengáis por soñador, y que apreciéis la reaparición de la *Princesita* como fábula más ingeniosa que verdadera. Y si corriendo y volando en el imaginar llegáis á sostener que la tal *Princesita*, después de resucitarme, tuvo la dignación de consentir en ser mi esposa, no diré una sola palabra para desmentiros.

Resucité, pues, en Salamanca; fuí ascendido á Teniente Coronel; continué mi carrera, peleando contra el Imperio, hasta que definitivamente le arrojamos de España con la acción de Vitoria (1813), que no puedo referiros por falta de espacio. Nuevos adelantos obtuve en mi carrera, debidos entonces á mis leales servicios y al apoyo de la familia ilustre á la cual me unieron mis sagrados vínculos con la *Princesita*. Las hadas seguían favoreciéndome; mas al llegar á la felicidad, abandoné los ásperos trajines de la guerra. El amigo Marte y yo no hacíamos ya buenas migas. Me retiré cuando me hallaba á las puertas del Generalato. Registré mi alma buscando la ambición, y vi que se había transformado, y que, arrojadas la máscara y vestidura heroicas, convertíase en vulgar anhelo de la paz obscura. Amorosa y risueña me incitaba á ser lo que soy, el perfecto ciudadano español.



OBRAS COMPLETAS

NOVELAS ESPAÑOLAS CONTEMPORÁNEAS

La Desheredada. — El amigo Manso. — El doctor Centeno. — Tormento. — La de Bringas. — Lo prohibido. — Fortunata y Jacinta. — Mian. — La Incógnita. — Realidad. — Ángel Guerra. — Tristana. — La loca de la casa. — Torquemada en la hoguera. — Torquemada en la cruz. — Torquemada en el Purgatorio. — Torquemada y San Pedro. — Nazarin. — Halma. — Misericordia. — El Abuelo. — Casandra.

NOVELAS DE LA PRIMERA ÉPOCA

Doña Perfecta. — Gloria. — Marianela. — La familia de León Roch. — La Fontana de Oro. — El Audaz. — La Sombra. — Memoranda.

DRAMAS Y COMEDIAS

Realidad. — La loca de la casa. — La de San Quintín. — Los Condenados. — Voluntad. — Doña Perfecta. — La Fiera. — Electra. — Alma y Vida. — Mariucha. — Bárbara. — Amor y Ciencia.

EPISODIOS NACIONALES

Primera serie: Trafalgar. — La Corte de Carlos IV. — El 19 de Marzo y el 2 de Mayo. — Bailén. — Napoleón en Chamartin. — Zaragoza. — Gerona. — Cádiz. — Juan Martín el Empecinado. — La batalla de les Arapiles.

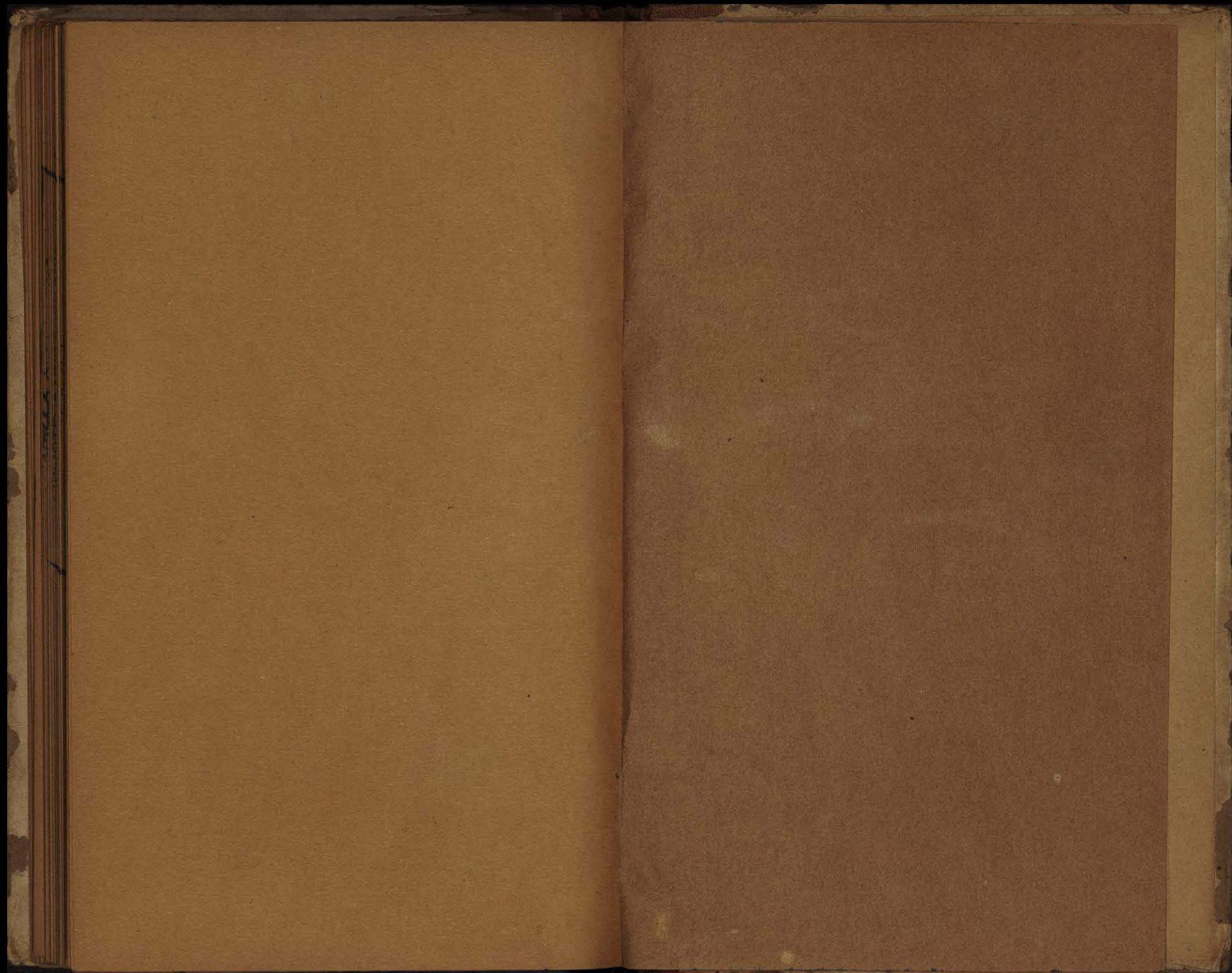
Segunda serie: El equipaje del Rey José. — Memorias de un cortesano de 1815. — La segunda casaca. — El Grande Oriente. — 7 de Julio. — Los cien mil hijos de San Luis. — El terror de 1824. — Un voluntario realista. — Los Apostólicos. — Un faccioso más y algunos frailes menos.

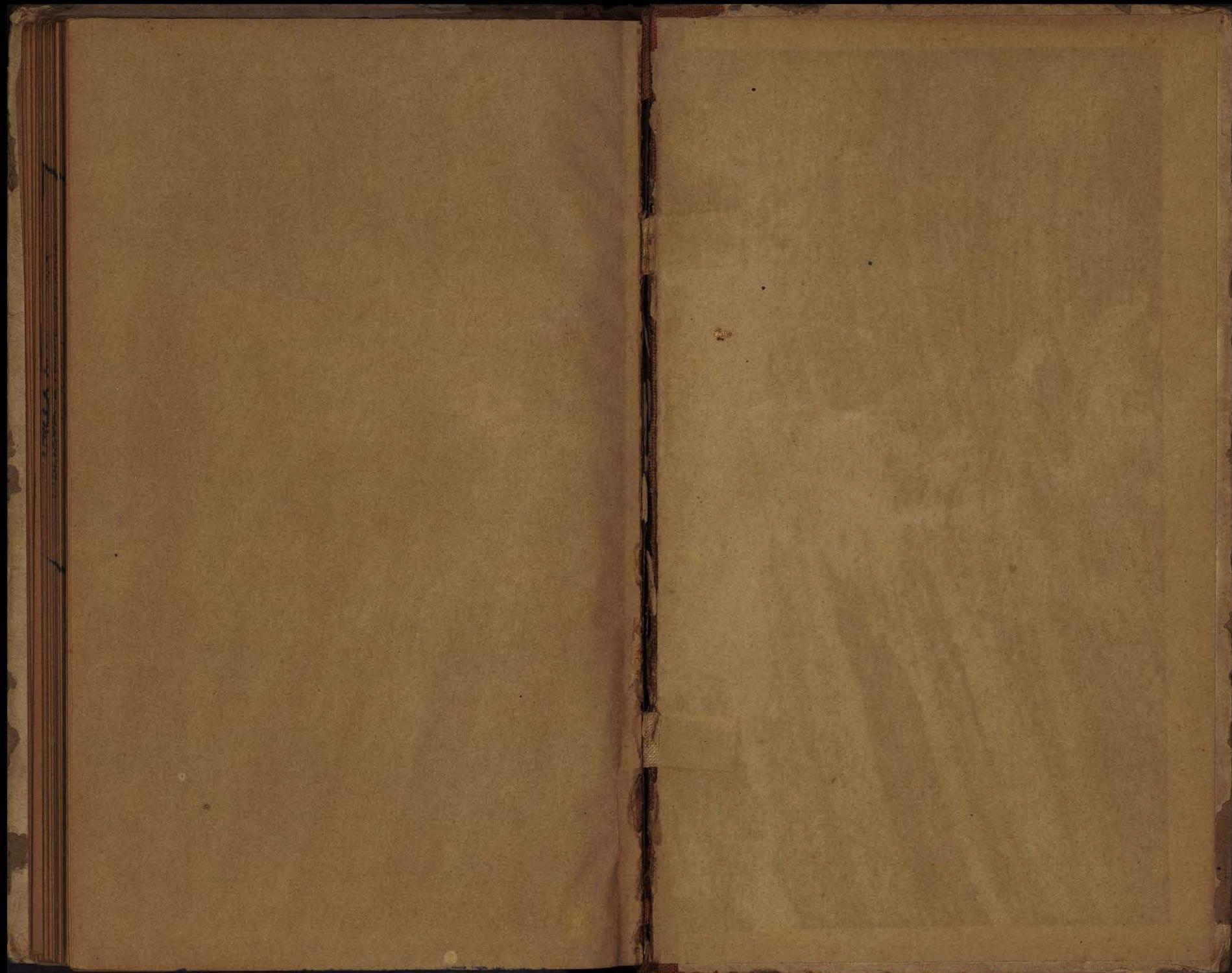
Tercera serie: Zumalacarregui. — Mendizábal. — De Oñate á la Granja. — Luchana. — La campaña del Maestrazgo. — La Estafeta romántica. — Vergara. — Montes de Oca. — Los Ayacuchos. — Bodas Reales.

Cuarta serie: Las tormentas del 48. — Narváez. — Los duendes de la camarilla. — La Revolución de Julio. — O'Donnell. — Aita Tettauen. — Carlos VI en la Rápita. — La vuelta al mundo en la «Numancia». — Prim. — La de los tristes destinos.

Serie final: España sin Rey. — *En preparación:* España trágica.

Se ha hecho para estos Episodios Nacionales una bonita encuadernación formando la bandera nacional. Cada dos volúmenes en un tomo, por orden de publicación, **cinco** pesetas. — Tapas sueltas, **una** peseta.





SUCESORES DE HERNANDO



CASA FUNDADA

EN 1828.

MADRID